

defender la justicia, lo obligan a cometer un crimen, y los que son criminales, son ahora los justicieros. ¡Vaya democracia!

VERDUGO III.— En este país se ha perdido el orden. Unos controlan una parte para su ventaja, pero nadie sabe orquestar el todo.

REO.— Y usted, ¿qué va a hacer

VERDUGO III.— Tú no puedes salvarme, pero yo sí te voy a salvar.

PARRITA.— Nadie puede salvarme... porque no estoy en peligro. Soy Parrita... ¡Mejor sálvese usted por ese túnel del tiempo! ¡Ándele!

VERDUGO III.— Yo no tengo escapatoria.

PARRITA.— (*Toma de la mano al Director y lo guía por el recorrido libertario antes deambulado por el Reo. El Director muestra resistencia.*) ¡Sálvese usted, Señor Director! ¡Ándele! ¡Salga por la puerta de la alfombra silenciosa... por el tubo del no tiempo, como usted dice, al mundo de la libertad! (*Llegan hasta el público.*)

VERDUGO III.— ¿De verdad crees que tengo esta oportunidad?

PARRITA.— (*Impulsa al Verdugo III para que se adentre en el túnel.*) ¡Cámbiese de bando! ¡Pásese al mundo de los desarrapados exitosos!

VERDUGO III.— Yo ya decidí mi perdición. De los dos, solamente tú puedes ser libre.

PARRITA.— Yo siempre me he sentido libre.

VERDUGO III.— ¡Querido Parrita, hoy eres el hombre más libre del mundo!

PARRITA.— (*Lo impulsa con esfuerzo.*) ¡Aproveche que el poder (*señala con el índice hacia arriba.*) le abre también a usted una puerta, escápese junto con el narco-jerarca!

VERDUGO III.— Me pides un imposible.

PARRITA.— ¿Cómo de que no? ¡Si de verdad cree que puedo escaparme, pues también usted!

VERDUGO III.— No es lo mismo. Tú eres inocente y yo ya soy culpable.

PARRITA.— (*Con gran convencimiento lo tira hacia afuera.*) ¡Por eso! ¡Vámonos los dos! ¡Juntos compartiremos este viaje!

VERDUGO III.— ¡Estás loco!



PARRITA.— Usted dice que vivimos en un mundo al revés, ¡pues corramos!

VERDUGO III.— Toda mi vida he sido director de cárceles, no podría ahora claudicar.

PARRITA.— ¿Por qué no?

VERDUGO III.— Porque me llamo Leonardo, ¿me entiendes?

PARRITA.— Yo me llamo Parrita y aquí voy.

VERDUGO III.— Yo estoy acorralado y en cambio tú eres Parrita, el amigo de todo. ¡Tú sí puedes huir!

PARRITA.— (*Desde el lado del público, el Reo hala con insistencia al director.*) ¡Sin usted, yo no me voy! ¡No, señor! ¡Unos pasos más y lo lograremos juntos!

VERDUGO III.— (*Lucha para no ser físicamente arrastrado por el Reo.*) ¡No! ¡No! ¡No puedo! (*Con gran convencimiento y fuerza.*) ¡Sí puedo, pero no lo deseo! (*Dejan de luchar.*) ¡Ya salvé a mi familia, déjame sentir que mi sacrificio vale aún más la pena! ¡Vete tú!

PARRITA.— Usted será condenado por esta máquina de mentiras que va siendo México.

VERDUGO III.— ¡Escúchame, Parrita! Los minutos pasan y la oportunidad se pierde.

PARRITA.— (*Con gran serenidad.*) La verdad es que nunca volveré a verlo, los de arriba se vendrán contra usted y los de afuera, no lo defenderán. Y nosotros, los de abajo, no podremos ayudarle. Irá a una cárcel federal de alta seguridad y acabará siendo un reo como yo, mientras los verdaderamente culpables estarán afuera. ¿Que no hay justicia para nadie?

VERDUGO III.— ¿Lo ves, Parrita? Estamos en un México de farsa. Creemos que somos ricos por el petróleo y por las inversiones, pero escondemos que en mucho sobrevivimos gracias al narcotráfico y a las remesas que envían del norte.

PARRITA.— Más hacemos los pobres por México que aquéllos que se autonoan poderosos.

VERDUGO III.— No hay democracia para el hombre común, ni menos para la mujer.

PARRITA.— (*Con certidumbre.*) La verdad es que yo también me quedo. No puedo arriesgar la libertad que aquí dentro he conse-

guido con tanto esfuerzo... Perdóneme, Leonardo, ¿le puedo llamar así ahora que va a ser un camarada reo?

VERDUGO III.— (*Los dos hombres han regresado al escritorio del director. Leonardo se ve abatido.*) ¡Claro Parrita! Desde hace años tú eres el único amigo que tengo.

PARRITA.— Ve, no me va a extrañar, deje de pensar en cosas feas... Ahora que somos reos, podríamos jugar en el mismo equipo de fútbol. ¡Juntos ganaremos el campeonato!

VERDUGO III.— ¡Parrita, necesitamos más mexicanos que sean como tú! Con tolerancia y compasión.

PARRITA.— La verdad es que ni usted ni yo podemos escapar. Un día saldremos, pero no hoy. Cuando se me carga mucho el encierro, me pongo a pensar que en vez de enterrar a los muertos, deberíamos poner nuestras cenizas en un salero y amarrarlo al cuello de una paloma y ¡a volar!... ¡Lejos!... ¡Hasta el fin del mundo!... (*El Reo ha deambulado unos pasos por el tubo de la libertad. Luego se detiene pensativo mirando al vacío.*) ¡Por un momento me sentí como pájaro que volvía a su nido! ¡Pero hoy no será... tendré que seguir viviendo en esta pajarera un tiempo más!... (*El Reo regresa. Cuando llega frente a su amigo dice:*) Con su permiso, me voy a mi camarote cinco estrellas en esta travesía a la libertad que llamamos cárcel. Allá me esperan ocho internos para compartir un camarote de seis literas. Cada noche duermen dos en el piso y esta noche me toca a mí... (*Mira nostálgico hacia el túnel de la libertad.*) Cuando pase su amigo, dígame que le deseo un buen viaje... ¡Hasta pronto! (*El Reo extiende la mano derecha en señal de despedida.*) ¡Adiós, amigo!

VERDUGO III.— (*Emocionado.*) ¡Hasta pronto!

Ambos se dan un apretón de manos que pasa a un abrazo fraterno. Luego el Reo fija su mirada en donde está el túnel de la libertad y suspira audiblemente. La imagen de los dos hombres queda congelada en la mitad de un movimiento. Una penumbra invade lentamente la escena. Sólo se distinguen las siluetas del Reo y del Verdugo III. Paralelamente aparece iluminada la Esposa, está sentada en medio del tubo de la libertad. Ahora tiene más de sesenta años. Habla en tono cotidiano. Los personajes no se miran.

ESPOSA DE REO.— El jueves tendremos visita íntima. Llegaré al Centro y me recibirás recién bañado y con el pelo tan relamido como el día de tu primera comunión. Antes habrás ido al cuarto del hotel de la visita íntima, a poner sábanas limpias y flores que tú mismo cultivaste. Me recibes zalamero y pasamos la noche juntos. Cuando salga en la mañana te sentiré satisfecho e irás conmigo hasta la última puerta que te es permitida, y si me vuelvo a mirarte, comprobaré que me sigues con los ojos húmedos. Muchas mujeres de mi edad me envidian que sepa en qué cama duerme mi marido. ¿Qué más puede desear una mujer de casi sesenta años?

Se incorpora y deambula hacia donde aún está el Verdugo III. Éste no reacciona ni puede ver al personaje.

Siempre he extrañado a un director que se llamaba Leonardo, fue bueno contigo, ambos se respetaban mucho. Ese hombre ya lleva varios años en la cárcel... él y las cincuenta y ocho personas que fueron condenadas injustamente por dejar escapar a un famoso narcotraficante. Ahora hay un director que no me da confianza, no puedo pedirle como un día le dije al Sr. Leonardo: «Guíamelo por el buen camino, sea su angelito de la Guarda, cuídemelo hasta que un día me lo entregue vivo, no importa si declarado inocente o culpable, eso ya no me interesa». (*Por un instante sopesa la injusticia que ha sufrido.*) ¡Porque tú no mataste a Camarena! Ahora dicen que el cadáver que encontraron era de otro, y que él está vivo porque lo vieron en Caléxico. Traicionó a los mexicanos primero, luego a los gringos y ahora hasta traicionó a su familia porque se cambió de cártel.

Desde la distancia mira de frente a la figura congelada de Parrita. Sus ojos se invaden de ternura. Se acerca a su esposo.

¡Necesito que me alcances acá afuera, pronto... para así envejecer juntos con dignidad! (*Solloza.*) ¡Una vez te perdí y ahora no me quiero morir sola! ¡Merezco irme primero! (*Sonríe esperanzada imaginando el encuentro.*) Allá arriba te estaré esperando con una visita íntima y Dios será el mejor de los carceleros.

Frente a la figura inmóvil de su esposo.

Me siento más libre que tú porque te volví a elegir, mientras que tú únicamente tuviste una oportunidad...Tu cárcel nos unió, afuera acaso nos hubiéramos divorciado, pero ya va siendo tiempo que regreses a casa. (*Inicia mutis caminando hacia donde estuvo el túnel de la libertad.*) Nuestros hijos dicen: «Papá no se cansa de ser el andariego, mientras que tú estás enclaustrada tejiendo y destejiendo cosas». ¡Tienen razón! Pero yo he sabido tejer el hilo que te guiará para salir de esa cárcel. Ese día te diré: «Bienvenido seas a la libertad, la de ayer... la de hoy... la de siempre». (*Camina unos pasos más y luego vuelve la cabeza hacia el público y los mira.*) ¡La verdad tarda en aparecer, pero siempre aparece!

En sus ojos brillan dos lágrimas de esperanza. La esposa sale de escena por entre el público. Las dos figuras masculinas quedan inmóviles, mientras la luz desaparece. Fin.¹

¹ Actualmente José Luis Gallardo Parra (*Parrita*) permanece en el Centro de Readaptación Social Estatal de Puente Grande, en Guadalajara, Jalisco. Se le acusa injustamente de haber sido cómplice en el asesinato de Enrique Camarena, quien fue secuestrado el 7 de febrero de 1985 en Guadalajara, Jalisco, y encontrado muerto un mes después en Michoacán, México. Leonardo Beltrán Santana era el director del Centro Federal de Readaptación Social número Dos, «Puente Grande», en Guadalajara, Jalisco, cuando el Joaquín Guzmán Loera, El Chapo, se fugó por la puerta principal de este centro el 19 de enero del 2001. Recibió una condena de 18 años y cuatro meses; purgó 9 años en el Reclusorio Oriente de ciudad de México y logró su libertad el 24 de junio de 2011.